

Dando sitio á la noche, que imprudente  
Presta con sus tinieblas igualmente  
Al crimen manto y al dolor asilo.  
Y allá en ocaso al espirar el día  
Con su postrera luz reverberaba,  
Y del inquieto mar se despedía,  
Y de la tierra que á lo léjos via  
Que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase á Cadiz la opulenta  
Blanqueando débilmente entre la bruma,  
Sentada á flor del agua turbulenta,  
Como queda despues de la tormenta  
Témpano errante de perdida espuma.  
Y aun se podian distinguir apenas  
Los altos y movibles masteleros  
Por cima y en redor de sus almenas,  
Y en alas de las ráfagas serenas  
La voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso  
Tragó la luz de la amarilla luna,  
Cuando en cóncavo son tronó imprevisto  
Cañonazo de leva, ronco aviso  
De nave que invocaba á la fortuna.

Lanzóse una á la mar, y á toda vela  
Abandonando el puerto prontamente  
Á par del viento favorable vuela.  
Y á la luz clara que en la mar riela  
Se la mira vogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan  
A su playa feliz llegar en ella,  
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan  
Bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va: pais de los placeres,  
Encantado vergel rico de flores,  
Vivienda de hermosísimas mujeres,  
Patria feraz del genio y los amores.

A Italia va don Juan ¿ y á dónde iria  
El osado y amante pendenciero,  
A prolongar su interminable orgía  
Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia, si; porque en Italia mora  
El amor, la molicie y la pereza;  
A Italia, si, donde el placer se adora  
Altars levantando á la belleza.

A Italia va don Juan. ¡ Cuánta esperanza,  
Cuánta ilusion de amor y de ventura,  
Lleva en su corazon, que nunca alcanza  
Fin á la dicha ni al placer hartura!

Atrás queda y burlada la justicia,  
Atrás los muertos que dejó lidiando;  
Mas la suerte con él marcha propicia  
Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿ quiénes fueron?  
Ya sus nombres le son desconocidos:  
Su amor y sus encantos se perdieron  
Un momento despues de conseguidos.

A Italia va don Juan. La España toda  
Llena tras él de sus memorias queda,  
Solo volver á España le acomoda  
Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

« Mientras es jóven (dice) mientras lleve  
« Deseo el corazon y oro el bolsillo,  
« Lanzarse el hombre á los deleites debe  
« Del sol de su fortuna al falso brillo.

« El placer es mi Dios; mi alma desea  
« Para solo gozar larga la vida,  
« Cuando sin oro y sin placer la vea  
« Como una inútil prenda envejecida.

« Con estóica calma indiferente  
« Despojareme de ella, convencido  
« De que al que un aura de placer no aliente  
« Le debe de bastar lo que ha vivido. »

Tal es don Juan y tal el pensamiento  
Que á la risueña Italia le conduce,  
Reñir, amar, beber, hé aquí su intento,  
Gozar solo es vivir; de ello deduce.

A Italia va don Juan; ¿ y á dónde iria  
En verdad el amante pendenciero,  
A prolongar su interminable orgia  
Y á gastar su existencia y su dinero?

#### IV.

Fuése á Italia don Juan, lector querido,  
Y aquí cierra su historia su cronista,  
Que seguirle hasta Italia no ha podido;  
Lo cual, bien sabe Dios, que me contrista.

Porque no es conclusion para una historia  
 Acabar en un viaje  
 La vida y la memoria  
 De su mas importante personaje.  
 Decir que llegó á Italia , como dice,  
 Sin añadir mas dél , es un exceso,  
 De historiador sin seso;  
 Porque si al menos naufragar le hiciera,  
 Bien la historia en naufragio concluyera.  
 Pero solo nos dijo  
 A Italia fué , de donde yo colijo  
 Que fué este historiador un calavera.  
 Yo que ¡ oh lector ! tus intereses miro,  
 Y á darte gusto aspiro,  
 Tras el fin de don Juan un año anduve  
 Crónicas y memorias registrando,  
 Manuscritos y sábios consultando,  
 Mas nada de don Juan á manos hube,  
 Hasta que al fin pasando por fortuna,  
 Y há poco por Palencia,  
 Topé con la ocasion mas oportuna.  
 Un clérigo muy viejo,  
 En cuya casa por mi buen consejo  
 Me hospedé aquella noche,  
 Me contó como cosa verdadera,  
 Y por los ojos de su abuelo vista,  
 Una historia , que á fe que sino era  
 De don Juan de Alarcon , servir pudiera  
 Para acabar la que empezó el cronista.  
 A contártela voy , lector benévolo,  
 Con lo que el cuento de don Juan concluyo;  
 Y aunque de su verdad no desconfio,  
 A Dios plazca ¡ oh lector ! que como al mio  
 Concluya mi don Juan á gusto tuyo

Seis años habia durado  
 Del bravo don Juan la ausencia,  
 Y su memoria en Palencia  
 Con ellos se habia borrado.  
 Mientras él fuera de España  
 Vivió , habiáanse vendido  
 Sus bienes que habian venido  
 A manos de gente extraña.

Y en fin , el mozo expatriado  
 U oculto , no pareciendo,  
 Fué poco á poco perdiendo  
 La hacienda que habia heredado.  
 Siendo ella de las mejores  
 Que en toda la tierra habia,  
 Está claro que tendria  
 Infinitos compradores.

Pues sin deudos ni parientes  
 Don Gil y don Juan , ninguno  
 Puso impedimento alguno  
 A sus nuevos descendientes.  
 Tomó y pagó cada cual  
 La parte que le convino,  
 Sin curarse del destino  
 De lo demás del caudal.  
 Y un hombre que se nombraba  
 De don Juan apoderado,  
 Daba un recibo firmado  
 Con la escritura , y cobraba.  
 Nadie se volvió á meter  
 En mas averiguaciones  
 Ni en ver si los Alarcones  
 Podrian ó no volver.  
 De ellos quedó en conclusion  
 La casa donde vivieron,  
 A la que siempre entendieron  
 Por la casa de Alarcon.

Cuatro paredones , esto  
 Es lo que guarda Palencia  
 De su pasada opulencia  
 Por triste y último resto.  
 Y á vuelta de algunos años  
 Y de otra generacion,  
 Todos serán de Alarcon  
 A las memorias extraños.  
 Tal es la vida , lector;  
 Quien mete en ella mas ruido,  
 Cae mas pronto en olvido,  
 Y con vergüenza mayor.

En una tarde nublada  
 Del turbio enero venia  
 Por una dehesa que guia  
 De Palencia á Torquemada  
 Un hombre mal ataviado,  
 Cuyo traje y porte fiero,  
 Le daban por extranjero,  
 Aunque no por muy honrado.  
 Traia el ceño fruncido,  
 A través del cual brillaban  
 Dos ojos que á par miraban

Con insolencia y descuido.  
 Una daga milanese  
 Por la cintura cruzada,  
 Y una larguísima espada  
 En dos garabatos presa.  
 Todo el resto de su traje  
 Igualmente convenia  
 A hombre que mas no tenia,  
 O á un hombre que va de viaje.  
 Al ver su cuerpo fornido,  
 Su capa al hombro, y su fiera  
 Presencia, bien se pudiera  
 Tomarle por un bandido.  
 Sin embargo, en su persona  
 Hay cierto aire de grandeza  
 Que inspira cierta franqueza  
 Y á su misterio aficiona.  
 En un camino el hallarle  
 Pavor infunde sin duda,  
 Pero si pasa y saluda  
 Vuélvese uno á contemplarle.  
 Y siéntese que se aleje  
 Al ver tanta gallardia,  
 A par que causa alegría  
 Que franco el paso nos deje.  
 Y en fin, el viajero es tal,  
 Que á todos cuantos le ven  
 De léjos parece bien,  
 Pero muy de cerca mal.  
 Y él en tanto , sin curar  
 De quien pasa por su lado,  
 Iba con pié acelerado  
 Atravesando el pinar.  
 Cruzó un viñedo, en seguida  
 Tomó una senda que á un valle  
 Por las viñas se abre calle  
 De antiguo césped vestida.  
 Y aunque por lo embarazado  
 Que está con yerba y ramaje  
 No parece aquel paraje  
 En verdad muy transitado,  
 Él sigue siempre constante  
 Como quien sabe el destino  
 A que conduce el camino  
 Que se le extiende delante.

Siguió por entre los brezos  
 Y e enredado zarzal  
 Con el pié ó con el puñal  
 Apartando los tropiezos,  
 Y llegó al fin de la cuesta  
 Do se via en la hondonada  
 Una casilla olvidada  
 Ya ruinosa y descompuesta.  
 Y cubierto de amarillo  
 Musgó y de yerba silvestre  
 Rodeaba esta campestre  
 Casa un corto huertecillo.  
 Ya en él no habia señales  
 De manos de jardinero,  
 Y el plantío y el sendero  
 Eran sin cultivo iguales.  
 Solo en su centro se via  
 Sobre un monumento alzada  
 De piedra una cruz labrada  
 Que aun en pié se mantenía.  
 Paróse ante ella el viajero  
 Y ya por respeto fuese,  
 Ya por temor que sintiese,  
 Dejóse en tierra el sombrero.  
 Postróse despues de hinojos  
 Permaneciendo un instante,  
 Aunque sereno el semblante  
 Con lágrimas en los ojos.  
 Y oró en silencio un momento,  
 Al cabo del cual alzándose  
 Con el sepulcro encarándose,  
 Dijo así con triste acento:  
 —Padre, al morir me dijisteis;  
*Si algun dia tus locuras*  
*O imprevistas desventuras*  
*Te roban cuanto te doy,*  
*Ven á mi tumba escondida*  
*Que en mi sepulcro al postrarte*  
*Mi sombra saldrá á ayudarte.....*  
 Cumplióse así, y aquí estoy.  
 «Rompe pues sombra adorada  
 «Esa piedra que te esconde,  
 «Y á mis suspiros responde  
 «Momentánea aparicion;  
 «Dime, sí, que desde el cielo

«Do mi padre habita ahora,  
 «No me lanza aterrador  
 «Su temible maldicion.»  
 Calló aqui un punto: y besando  
 La lápida con tristeza  
 Inclinando la cabeza  
 Dijo alejándose ya:  
 «¡Quimeras!... nunca los muertos  
 «Salen de la madre tierra  
 «Que avara en su vientre encierra  
 «El polvo que sér nos dá.»  
 Entró así hablando el viajero  
 En la casa abandonada,  
 Roida y desmantelada  
 Por el tiempo destructor,  
 Y no halló cosa en su centro  
 De que echar mano pudiera  
 Ni aun para hacer una hoguera  
 Y procurarse calor.  
 Los insectos y las aves  
 La ocupaban solamente,  
 Y en los aires de repente  
 Se lanzaron en tropel  
 Al sentir bajo su techo  
 Rechinar la antigua puerta,  
 Que al entrar por ella abierta  
 Dejaba el hombre tras él.  
 Todo era dentro abandono;  
 Desde el suelo á la techumbre  
 Vió el triste con pesadumbre  
 Polvo y miseria no mas:  
 Y do quier que los tendía  
 Solo encontraban sus ojos  
 De otro tiempo los despojos  
 Que no há de volver jamás.  
 La lluvia que penetraba  
 Por los techos derruidos  
 Tenia ya enmohecidos  
 Los aposentos do quier:  
 Y en los viejos paredones  
 Las vigas fuera de asiento  
 Amagaban de un momento  
 A otro momento caer.  
 Las puertas al empujarlas  
 Desvencijadas cedian,

Porque apenas mantenian  
 Quicio en que apoyarse ya:  
 Todo en fin amenazando  
 Pronta y deplorable ruina,  
 Hácia la tierra se inclina  
 Y á hundirse en su nada vá.  
 Y todo esto lo contempla  
 El viajero muy despacio,  
 Como pudiera en palacio  
 Magnífico examinar  
 Un anticuario curioso,  
 O un avaro que alli viera  
 Una joya que otro hubiera  
 Perdido en aquel lugar.  
 Mas sin duda despechado  
 De no hallar lo que apetece  
 Contra sí mismo parece  
 Que revuelve su furor,  
 Y en la sonrisa sardónica  
 Con que miró cada objeto  
 Se vé que le da en secreto  
 Su vista intenso dolor.  
 Suelta á veces repentina  
 É histérica carcajada,  
 Y á veces con voz airada  
 Espantosa maldicion:  
 Y otras veces dulce y lánguida  
 Melancolia le inspira  
 Y tristemente suspira  
 Su oprimido corazon.  
 A veces se cree que llora  
 Y otras con vos insegura  
 Preces por bajo murmura  
 Que son conjuros tal vez,  
 Y á veces con ira impia  
 Jura, y maldice, y blasfema  
 Provocando un anatema  
 De Dios, con insensatez.  
 En fin, parece que victima  
 De exasperados pesares,  
 Ni espera ya en los altares,  
 Ni fia en sí mismo ya:  
 Y alguno dijera viendo  
 Su descompuesta figura  
 Que asentada la locura

Dentro su cerebro vá.  
 Al fin abriendo ventanas  
 Y puertas desencajando,  
 Rompiendo y aniquilando  
 Cuanto encuentra aqui y alli,  
 Llegó hasta un salon oscuro  
 Cuyo fondo daba entrada  
 A otra fábrica apartada  
 Que no habia visto hasta aqui.  
 Daba de la casa á un ángulo  
 En que estriba un aposento  
 Que parece en su cimientto  
 Mas seguro gravitar,  
 Y al que separa del resto  
 De aquel edificio triste  
 Una puerta que resiste,  
 Y él pugna por desquiciar.  
 Mas no pudiendo, y no hallando  
 Ni llave ni picaporte,  
 Tentó hallar algun resorte  
 Que la moviera tal vez;  
 Y al cabo de ir apurando  
 Sospechas una por una  
 Asió un clavo por fortuna  
 Y se abrió con rapidez.  
 Daba la puerta á una estancia  
 Con escasa diferencia  
 Alhajada en opulencia  
 De las otras á la par,  
 Aunque algo menos ruinosa,  
 Y al parecer en secreto  
 Preparada á algun objeto  
 Difícil de adivinar.  
 No habia de aquel oculto  
 Y aislado aposento en torno  
 Mas mueble ni mas adorno  
 Que un antiquísimo arcon,  
 Cuya llave conservada  
 En su propia cerradura,  
 Tal vez al secreto augura  
 Misteriosa solucion.  
 Abrióla aquel hombre, acaso  
 Esperando en su fortuna;  
 Alzó la tapa importuna  
 Ansioso de ver si alli

Algun secreto encontraba  
Que influyera en su destino,  
Mas solo halló un pergamino  
Escrito, y decia asi:

COMO CUANDO AQUÍ TE VUELVAS  
TODO LO HABRÁS YA PERDIDO,  
Y TENDRÁS PUESTO EN OLVIDO  
A TU PADRE Y Á TU HONOR,  
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA  
LO QUE MERECES TE DEJO,  
Y CREO QUE ES EL CONSEJO  
QUE PUEDO DARTE MEJOR.

Quedóse don Juan atónito,  
Pues no era otro el que leía,  
Ni era otro el que escribía  
Sino su padre don Gil:  
Y sin apartar los ojos  
De aquel fatal pergamino,  
Contemplaba su destino  
Con arrebató febril.

Y vió que había en el techo  
Una escarpia asegurada,  
Y en el arcon enrollada  
Miró la cuerda fatal;  
Y desplegándose toda  
Su existencia ante sus ojos,  
Su insensato le dió enojos  
Panorama criminal.

No habia en él mas que juegos  
Pendencias y desafíos,  
Disolutos amorios  
Y crímenes por do quier.  
Aquí el esposo ultrajado,  
Allí la justicia hollada,  
Acá la monja engañada,  
La seducida mujer.

Asesinado el amigo  
Allá en la sombra moria  
En su sangrienta agonía  
Maldiciendo su amistad:  
Allá la lívida sombra  
Del desdichado Aguilera  
Salía rabiosa y fiera  
De la oscura eternidad.

Y todas sus mi memorias

De riñas y seducciones,  
En negras apariciones  
Mostrándose por do quier  
Veníansele acercando

En muchedumbre siniestra  
Con el puñal en la diestra  
Su impia sangre á verter.

Todas estrechando el circulo  
En redor suyo apiñadas  
Venian desesperadas  
A maldecirle á una voz,  
Cada cual con justa cólera  
Pidiéndole ansiosa cuenta  
De alguna hazaña sangrienta  
O de algun crimen atroz.

¡Ay, delira el desdichado!  
La sangre hirviendo en sus venas  
Le deja intervalo apenas  
En que poder respirar:  
Y ¡miseró don Juan!... ¡miseró!  
A donde quiera que mira  
Vé un espectro que con ira  
Viene su alma á demandar.

¿Y su padre? no, no hay duda:  
Al ver de don Gil la letra  
El cruel destino penetra  
Reservado para él:  
Y sintiendo la conciencia  
Que le despedaza el pecho,  
Dijo de pronto: «Esto es hecho.»  
Y asíó con ira el cordel.

Hízole un lazo á una punta,  
El arca arrastrando trajo  
Hasta ponerla debajo  
De donde la escarpia está:  
Y atando un extremo en ella,  
Y en su cuello el otro extremo,  
Maldijo don Juan su estrella  
A morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,  
Disminuyó cuanto pudo  
El espacio que del nudo  
Hasta su cuello quedó:  
Y entonces segundo Judas,  
Con habla ya enronquecida,



Así de la alegre vida

Diciendo se despidió :

«Teneis razon, padre mio,

«Ya otra cosa no me resta;

«Para una vida como esta

«Mucho mejor es morir.

«¡Teneis razon! Gran regalo

«Me dejais, y lo merezco,

«Ea, pues, ya os obedezco.

«¡Abra Dios mi porvenir!»

Tras cuyas impías palabras,

Con los piés la arca empujando,

Quedó el misero colgando

Blasfemando de su Dios:

Mas no bien gravitó el cuerpo

En la escarpia, cuando al punto

Hierro y cordel todo junto

Cayó de su cuerpo en pos.

Desplomóse con estruendo

La carcomida techumbre,

Y empolvada muchedumbre

De escombros bajó detrás.

«¡Malditos maderos viejos!»

Exclamó don Juan alzándose,

Mas en su plan afirmándose,

Dijo: «Un árbol valdrá mas.»

Mas mirando al techo al irse

Por azar, cuál fué su asombro

Cuando pegado á un escombros

Otro pergamino vió,

Que á un lado manifestaba

Un cerrado cofrecito,

Y en él se veía escrito

Esto, que don Juan leyó :

PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!

HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCTIDO

TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO

Y MIRA LO QUE Á SER VAS:

TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE

QUE CUANDO YA NADA TENGAS

SERÁ FORZOSO QUE VENGAS

POR OTRA ESCARPIA QUIZÁS.

### CONCLUSION.

Tú crearás, lector amigo,

Que don Juan esto leyendo

En cuentas entró consigo,

Y por fin escarmentó:

Tambien yo lo suponía,

Pero, amigo, nada de eso,

Porque aquel clérigo obeso

Que esta historia me contó,

Me juró como hombre honrado

Que habia despues sabido

Que este don Juan perseguido

Por la justicia otra vez

Se escapó con su tesoro,

Y volvió á su antigua vida,

Gastando en Francia su oro

Con bizarra esplendidez.

¿Y sabes lo que me dijo

Aquel venerable anciano

Apretándome la mano

Acabado el cuento ya?

Pues me dijo aquel buen viejo

¡O lector de mis entrañas!

Que á quien tiene malas mañas...

El refran se lo dirá.